Afrocubanas. La Revista No. 1

Octubre 2020

Consejo editorial

Yarlenis Mestre Malfrán

SandraAbd´Allah-Álvarez Ramírez
Elena Martínez Rodríguez

Edición

Xenia Reloba de la Cruz

Nota Editorial

"I can't breath", "no puedo respirar", decía George Floyd mientras dejaba de existir a manos de la violencia policial racista estadounidense.

Podemos extrapolar esa frase "no puedo respirar" a todos los sistemas que [nos] oprimen. El asedio cotidiano que impide la libre circulación de algunos cuerpos por el espacio público, como dos lesbianas que se dan las manos en la calle. El sistema de género que impone una carga excesiva de trabajo doméstico para las mujeres, asfixiándolas, y colocando ese trabajo de cuidado que debería ser colectivo, como "un acto de sacrificio y amor" de las mujeres. El sistema llamado monogamia, que impone un control de la sexualidad, del cuerpo y del deseo del otro y vende ese "acuerdo" de exclusividad sexual como un acto de amor. Nadie está obligado a vivir relaciones no monogámicas, pero que no se nos venda más como amor lo que es una imposición social. No escapa a esta lógica el sistema capitalista y especista que convierte al agua en propiedad privada, a los árboles en madera para gente rica que puede pagar por ella. Todos estos sistemas masacran vidas todos los días.

Con Geni Núñez, guaraní, activista en el movimiento indígena, aprendimos del gran narcicismo que hay en la frase: "Salvemos la Amazonia"; un narcicismo que no nos deja percibir que estamos aquí, respirando, gracias a que inspiramos oxígeno del medio ambiente y devolvemos dióxido de carbono. O sea, el ecosistema frente al que nos situamos, a veces, como salvadores o como apropiadores, ya antes nos salvó a nosotres. No es ninguna heroicidad cuidar de aquello que en principio nos permite mantenernos aquí, respirando, existiendo.

Que podamos respirar, que podamos existir, que nuestra vida se multiplique y se expanda en su diversidad, en la conexión con otras vidas, con otras especies no humanas, con la naturaleza. Que podamos tejer lazos de afecto con nosotres y otres humanos y no humanos. Que podamos construir nuestra autonomía a través de una interdependencia que no suponga jerarquías. Que podamos ir más allá de cualquier destino fijado por la "biología" o por la ideología cis-hetero-patriarcal, pudiendo (re)diseñar nuestro propio camino tanto cuanto queramos. Que podamos respirar, ¿vamos juntes? Con deseos de que estos escritos sean un soplo de vida y alegría, les dejamos con otro número de *Afrocubanas. La Revista*.

Equipo de Redacción.

Planeta Tierra, octubre de 2020.

En este número aparecen los siguientes artículos:

Conciencia negra para feministas blancas por Marília Moschkovich.

La maldita circunstancia del pelo afro por Sandra Abd´Allah-Alvarez Ramírez.

Notas para una psicología crítica por Yarlenis Mestre Malfrán.

Protector solar contra el racismo por Alina Herrera Fuentes.

Sal de Las Marianas por Elena Martínez Rodríguez.

Cambiar un grillete por otro: validación de estereotipos dentro de la comunidad afrodescendiente cubana por Milagros Álvarez Leliebre.

Nación cubana, negritud e hispanidad por Ulises Padrón Suárez.

Conciencia negra para feministas blancas

Marília Moschkovich

Me gritaron blanca, y como blanca, de inmediato rechacé la racialización de mi cuerpo. El privilegio habita en la sensación de ser una mujer sin raza, "universal". Asumirnos como blancas es una acción política y absolutamente necesaria para la lucha antirracista.

Yo pensaba que esta pintura no tenía nada que ver conmigo.

Desde temprano entendí lo que era el racismo. Hijo de una madre un tanto racista, en una familia racista compuesta por negros, mulatos y descendientes de españoles, mi padre —de piel bien blanca, ojos azules y pelo bien rizadito— hacía hincapié en recordar que todos eran iguales y se horrorizaba con el racismo. Mi madre, nacida de una mezcla de europeos diversos e indígenas, siempre reforzaba actitudes antirracistas y criticaba abiertamente a individuos y comportamientos discriminatorios.

Cuando comencé a participar en movimientos sociales, en la adolescencia, descubrí el movimiento negro y sus reivindicaciones más que legítimas. Demoré casi 26 años, inclusive muchos de ellos dentro de la militancia, para entender que tal vez mi papel en esa lucha sea más obvio (y mucho más difícil) de lo que yo me imaginaba: reconocerme como blanca y entender el significado concreto de la blanquitud; entenderme, ciertamente, como una persona racializada como somos todas las personas en Brasil y muy probablemente en el mundo.

Desde que nacemos, nosotros, personas de piel y fenotipo socialmente entendido como "blancos" (que aquí voy a llamar apenas "blancos" para facilitar la lectura) nos enseñan que existen personas negras. Nos enseñan que esas personas tienen la piel diferente a la nuestra. En todas las formas de transmisión de la cultura —escuela, televisión, conversaciones familiares, entre otras—, el color de nuestra piel nunca es considerado como un asunto a tratar. Es como si no tuviésemos color. Precisamente en ese tipo de pensamiento está basada la expresión "persona de color", que presupone que nosotros, blancos y blancas no tenemos color. A lo que el movimiento negro de Brasil acostumbra, genialmente, a responder: "¿persona de color?" ¿de qué color?

Sin darnos cuenta, nos pasamos la vida creyendo verdaderamente en esa mentira. Cuando obtenemos algo, no asociamos esa conquista a nuestra identidad o clasificación racial, sino a un mérito individual (que no existe). Eso no quiere decir que ninguno de nosotros, blancos, seamos buenos en lo que hacemos, calma ahí. Significa apenas que una persona negra tan calificada como nosotros, o más, se quedó fuera en la selección en la que nosotros pasamos (y me refiero aquí a selecciones diversas:

sociales, económicas, simbólicas, institucionales, etc.). Por diversos motivos. Fue cuando entré en contacto con el feminismo negro de Patricia Hill Collins y bell hooks, intrigada después de observar sistemáticamente a feministas negras apuntando mis racismos, que conseguí formular mejor para mí misma algunos de esos motivos:

•Yo nunca fui tratada por mis profesores y profesoras como un proyecto de bandida, reina de batería o trabajadora de limpieza; de ahí aprendí que la escuela era efectivamente mi lugar.
•Nunca necesité someter mis cabellos a procesos dolorosos y tóxicos para adecuarlos a las exigencias de ningún empleador, bajo la amenaza de pasar hambre; de ahí aprendí que mi cabello no necesita ser corregido.
•Fui tratada como madre de las niñas/os blancas/os de quienes cuidé como baby-sitter; de ahí aprendí que no precisaba realizar ninguna otra tarea doméstica, como no fuera cuidar de infantes.
•En las novelas, filmes, revistas y otros medios de comunicación que construyen el imaginario popular y nuestras identidades y anhelos, siempre había personajes blancos como yo, que tenían éxito profesional en diversas áreas; de ahí aprendí que yo podía ser lo que quisiera.
•En la escuela, en todos los espacios públicos, inclusive aquellos frecuentados mayoritariamente o exclusivamente por mujeres, siempre me sentí confortable e incluida y siempre me daban la palabra; de ahí aprendí que yo podía y debía hablar siempre que lo deseara.
•En espacios domésticos, las personas que desempeñaban funciones de servicio pesado como la mucama mensual, muchas veces mal remunerada y en condiciones de vida deplorables, no eran de mi barrio, no eran mis vecinas, no eran mis parientes; de ahí aprendí que aquello no era para mí.
•Las revistas de moda y cabello siempre tenían diversas sugerencias y opciones de maquillaje, peinados y cortes que se adaptaban fácilmente a mis tonos de pelo y de piel, según las reglas iluminadas de los editoriales; de ahí aprendí que yo soy normal, soy el patrón, el medidor de la balanza, el neutro a partir del cual los demás deben ser medidos.
Construida dentro de esas situaciones, mi identidad racial quedó escondida. Toda la sociedad me decía que "raza" era simplemente una cuestión que no tenía que ver conmigo. El género sí, ya que como mujer yo estaba del lado oprimido. Siendo blanca, entonces, realmente creía que no tenía nada que ver con la discusión racial, excepto para "defenderlas a ellas", las mujeres negras.

Por eso un día ellas gritaron. Apuntaron mi raza y yo, en mi ignorancia racista, que como sociedad acabamos desarrollando de manera enfermiza todas personas blancas de este país (y que Ana Maria Gonçalves mostró lindamente que puede ser llamada también de *fragilidad blanca*) me sentí ofendida. No me gustaba que me recordaran que era blanca. Inclusive decía que eso era racismo. Era mucho más fácil creer que todo lo que había conseguido había sido por mérito propio. Que yo, mujer, no podía ocupar jamás el lugar de opresora en esta sociedad. Era un esquema perfecto: me colocaba como víctima y rechazaba deliberadamente la función de victimaria. No era poco mi confort.

Después de patalear, recordé un debate sobre cuotas en la escuela secundaria. En ese momento, yo estaba en contra de las cuotas raciales. Mi mejor amigo —también vinculado al activismo de los movimientos sociales— me contó una de las cosas más interesantes que he escuchado sobre las políticas públicas: "Estoy del lado de los jodidos, Marília. Tenemos que estar del lado de los jodidos". Nosotros, que ni siquiera estábamos jodidos. Él, que tenía ojos azules y apellido italiano.

Decidí escuchar lo que "las jodidas" tenían que decirme, por el cariño que nutro por esa figura blanca (y, sí, ¡noten qué racista es esto!). Traté de poner el ego a un lado. Salí de mi esquema explicativo perfecto de mujer-mártir (¿existe el femenino de mártir?). Escuché a Hill Collins. Releí a Alice Walker. Fui atrás de Rosa Parks. Investigué sobre Nina Simone. Me sumergí en la historia de los Panteras Negras.

Volví a ver "Mississipi em Chamas" y "Uma Outra História Americana", todo lo que tenía de Spike Lee. Releí los correos en los que me acusaban de racista. Releí las críticas que me habían hecho en los debates sobre el tema (sobre todo las planteadas por Luana Tolentino). Me suscribí a *feeds* de sitios web y blogs brasileños sobre racismo e identidad racial, a los que nunca antes había accedido, ya que "no estaban dirigidos a mí", debido a la misma visión limitada de quienes piensan que ser blanco no tiene nada que ver con el día de la conciencia negra. Saqué a Darcy Ribeiro de la estantería. Casi vomito con

el recuerdo de todo lo que mi cerebro, traidoramente, había relegado "a otros" cuando aprendí en la escuela.

No eran los otros. Era yo.

En las páginas de la obra "Casa Grande e Senzala", yo era la niña de la litera. Yo era el personaje de Di Caprio en "Django Livre", o era el blanco salvador de la patria (o peor aún, de los negros) interpretado por Chirstopher Waltz, ambos esencialmente racistas. Yo era la señora que tanto despreciaba en las telenovelas de época. Era la inmigrante italiana de la telenovela, cuyos descendientes podían creer en el mito del mérito, ya que su color de piel les daba un contrato, un trabajo remunerado, la posibilidad de comprar tierras y el derecho a asistir a escuelas, lo que no estaba garantizado para las poblaciones negras en la misma época. Yo era, finalmente, volviendo al siglo XXI, la chica que podía caminar por la calle sin ser abordada por la policía. La que sabía que, ante cualquier señal de problemas, llamar a la policía probablemente representaba (al menos antes de 2017) más riesgo para el otro que para mí misma.

Era yo, la chica feminista que no entendía por qué "tanto escándalo" de las feministas negras, ya que yo no era racista**.** Era yo quien tenía el privilegio racial más inmenso y cruel de poder ignorar mi propia raza y hacer de cuenta que el racismo no existía si lastimaba mis convicciones y mi comodidad como militante.

Llevo años en este eterno proceso de lidiar con mis racismos, y entender mi vida, ciertamente, como una vida marcada por la raza. Ustedes pueden empezar hoy: no feliciten a nadie el 20 de noviembre, así como pedimos que no nos regalen rosas el 8 de marzo. Son tiempos extremadamente duros para la población negra, que resiste en todos los niveles y esferas posibles. Usa tu tiempo para contribuir a la lucha antirracista de manera más eficaz: reconócete como blanca, cállate por primera vez en tu vida y escucha lo que las mujeres negras tienen que decir.

De esa manera nos colocamos para pensar la racialidad, porque se trata de un sistema de relaciones. También podemos preguntarnos por qué es que, siendo blancos en Brasil, nos identificamos mucho más con los blancos europeos (al punto de pensar que es de nosotros que hablan los textos indianos sobre la post-colonialidad cuando se refieren a problemas de los "blancos") que con una latinidad blanca o latinidad de piel clara. ¿Cuáles son las relaciones que provoca este fenómeno? Más importante aún: ¿cuáles son las implicaciones concretas de este fenómeno para aquellos que no son blancos, especialmente negros, negras, indígenas, que viven con nosotros todos los días, a veces más, a veces menos explícitamente visibles?

PD: Este texto, como es escrito a partir de la experiencia de gente blanca insertada en una sociedad estructurada por el racismo, probablemente presentará algunos racismos. Me disculpo de antemano por ellos y espero que, en el diálogo con mis compañeras negras y mis compañeros negros de lucha, los pueda corregir pronto.

PS2: Escribir este texto y provocar un debate público sobre el privilegio racial blanco no es un acto de heroísmo ni de coraje. Al contrario, puede ser un acto de vergüenza. Es lo mínimo que deben hacer los blancos en la lucha antirracista, estableciendo así la solidaridad con las mujeres y los hombres negros que están en las mismas trincheras que nosotros y, a menudo, en la línea de enfrente.

Texto publicado originalmente en 2013 en *Outras Palavras* y *Carta Capital*. Versión original en portugués aquí.

Traducción: Yarlenis Mestre Malfrán

La maldita circunstancia del pelo afro

Sandra Abd´Allah-Alvarez Ramírez

¿Te has preguntado por qué se nos pide a las personas negras, especialmente a las mujeres, que llevemos el cabello natural como señal de nuestra posición antirracista?

Vayamos por partes. No existe ninguna otra identidad racial, que no sea la negritud, en la cual se le asigne un significado específico, mucho menos político, a un hecho tan cotidiano como llevar tal o más cual peinado.

También es cierto que socialmente se continúa considerando el cabello afro, especialmente el 4 C, como indomable, irreverente, y así algunas otras metáforas.

Hasta han inventado una escala, que presumo nacida en la industria cosmética, que hoy forma parte de slogans y coros de canciones. Un número y una letra han pasado a ser definitorios. A mí, sinceramente, me parece un *too much*. Querer indicar cómo ha de llevarse el cabello afro (laceado, con extensiones, natural, etc.), y otorgarle una escala en el antirracismonómetro, es parte del mismo control de los cuerpos negros que legitima y promueve el patriarcado racista y misógino.

Sin embargo, todes hemos pasado de una manera u otra por ahí. En algún momento de nuestras vidas militantes, me incluyo, hemos querido identificar el pensamiento antirracista con cómo se lleva el cabello. Como si uno más uno siempre fueran dos. La verdad es que tener *dread locks* (que los llevé por cuatro años y no soy rastafari) puede ser estar tan de moda como tener un afro o espendrú, popularísimo durante las décadas de los 60-70, también entre gente blanca de pelo liso.

Sesenta años después, lo que está en el bombo es la "definición", la cual al igual que cualquier otra técnica de laceado, responde a patrones tradicionales de belleza. La gente quiere verse linda, y la belleza es un concepto que, aunque ya se le van abriendo poros (negra, gorda, otras capacidades, etc.), sigue respondiendo al paradigma hegemónico de la blanquitud.

La realidad es que la mayoría de la gente afrocubana que conozco lleva el pelo como puede, hasta donde le dé el bolsillo o según la gentileza de les familiares y amistades que tenga en el extranjero. Harto conocido es que los productos cosméticos que se comercializan en Cuba en las tiendas estatales ignoran olímpicamente al 13% de la población (aun si fuera cierto que solo somos casi un cuarto de los habitantes del archipiélago). De hecho, muchas personas afro deciden dejarse el cabello natural cuando ya no viven en la isla, dado que pueden acceder a los productos. Como dice una de las canciones de *El Disco Negro de Obsesión*: el contexto hace el texto; o lo que en buen cubano se proclama: se hace lo que se puede.

Yo, por ejemplo, que vivo en un país donde cada día hay más personas afrodescendientes, he notado que los afroalemanes llevan su pelo al aire, tal cual, sin pretender ordenarlo. Y he sufrido. Me han dado ganas de peinarles, arreglarles las greñas, hacerles trenzas. Esa compulsión es muy fuerte y se lleva muy dentro. Nadie es infalible, mucho menos yo.

Después de este tirijala entre potasa, peine caliente, keratina, extensiones, aceites de aguacate y suavizadores sin sulfatos, turbantes y pañuelos, mi propuesta es que la manera de llevar el pelo afro no tiene que ser leída en conexión alguna con la existencia de un pensamiento antirracista. No se es menos consciente del racismo cuando se decide usar keratina para lacearlo. Tampoco llevar un afro significa que se sepa diferenciar entre el racismo y la discriminación racial.

Porque además, si de verdad fuésemos a tomar el uso del espendrú como símbolo del antirracismo, estaríamos fritos. Demasiado tiempo ante el espejo, en una vida que vuela, para lograr que cada pelito quede en el lugar exacto.

¡Dejemos que las negras sean libres y felices, que lleven sus pasas como quieran!

Notas para una psicología crítica

Yarlenis Mestre Malfrán

Cuando yo estudiaba psicología, y en los tiempos en que fui profesora, era común dentro del "argot psicológico" hablar de familias estructuradas versus desestructuradas, entre otras clasificaciones que ahora mismo no recuerdo. Se trata, en definitiva, de una producción de conocimiento psicológico acerca del objeto familia. Quizás una de las utilidades innegables de estas clasificaciones haya sido su capacidad de mostrarnos la diversidad y complejidad del universo familiar, reconocible apenas en las figuras de mamá+ papá + hijos/as; o sea, la archiconocida familia nuclear. Dígase de paso familia heterosexual, cisgénero y reproductiva.

Ahora bien, existe también un poderoso efecto acusatorio en estas clasificaciones psicológicas centradas en la estructura. Al decir que una familia es desestructurada, tomando como índice la ausencia de algunas de estas figuras que se adoptan para establecer que la familia nuclear es el modelo, se está reforzando que al estar fuera de ese patrón "algo resultó errado", con toda la carga de culpabilización y sensación de fallo que produce tomar ciertas representaciones como el ideal de algo. La familia nuclear no es la forma natural de constituir familia sino la naturalizada como el ideal. Estamos hablando aquí de una norma y no de algo que tenga estatus de natural. Natural es respirar. Acá estamos lidiando con una construcción cultural, simbólica, emanada de posiciones de poder: la Iglesia católica y también las ciencias sociales hegemónicas y no críticas.

Reitero: volvamos a la filosofía marxista para recordar con Engels el origen de ese tipo de familia dentro de una economía capitalista. Y, obviamente, los países socialistas tampoco escapan a los efectos nocivos de ese modelo familiar burgués occidental, impuesto por medio de los procesos de colonización. Las autoras poscoloniales y decoloniales lo explican mucho mejor. Sugiero, en este sentido, la lectura de *La nación heterosexual*, de Ochy Curiel. Antes de las decoloniales, a comienzos del siglo xx, algunas feministas marxistas como Alexandra Kollontai se referían a estas cuestiones en el contexto de sociedades socialistas. No está mal, de vez en cuando, estudiar un poco.

Un ejemplo cotidiano que me incomoda bastante es cada vez que se reivindica la presencia del padre como algo que todo infante del universo entero necesitaría para "crecer sano y feliz". O cuando se dice "mi mamá ha sido mamá y papá". Toda una idealización de ese modelo. Primero, perciban que existen familias constituidas, por ejemplo, por dos mujeres lesbianas e hijes que no reivindican ninguna paternidad, ninguna figura masculina. Estas familias son totalmente legítimas, y les hijes de dos mujeres lesbianas pueden crecer sanos y felices sin esta figura (muchas veces decorativa) de "un padre". Segundo, que puede ser también una opción igualmente legítima de cualquier persona constituir familia fuera de este modelo. A quienes les funcione, todo bien.

A quien le cause sufrimiento psíquico la ausencia de estas figuras hemos de respetarle y acogerle. Pero noten que a veces el sufrimiento está asociado a la vivencia de inadecuación impuesta por un modelo normativo. Ese mismo modelo que hace a muchas mujeres entrar en una carrera desenfrenada por "adecuarse" a aquello que se asume como supuestamente normal. Noten que, muchas veces, cuando ha pasado un tiempo considerable sin que personas que se conocen se vean, la primera pregunta es: ¿te casaste ya? ¿Tienes hijas/os? Incluso me resulta tremendamente llamativo cómo a una mujer separada, divorciada se le suele decir "tienes que rehacer tu vida". El nivel de centralidad que se le otorga a este modelo de familia es, cuando menos, asustador. Toda la vida subsumida al hecho de tener hijas/os y marido; no solo tenerlos como mantenerlos a toda costa y a todo costo (inclusive psíquico y emocional).

Cabe entonces resaltar que la familia nuclear monogámica, heterosexual, cisgénero y reproductora es apenas una posibilidad de organización familiar entre muchas, no necesariamente de un ideal que todo el mundo deba alcanzar. De hecho, a algunas personas ni siquiera les interesa y no pasa absolutamente nada. Aquí estoy pensando apenas en el espectro LGBTQI+ cotidianamente tratado, a nivel de sentido común, como "familias diferentes". La familia nuclear es también una familia diferente. Lo único que le otorga el estatus de universal, de "modelo", es su vinculación con discursos hegemónicos.

Toda esta aclaración para subrayar que la psicología en tanto ciencia se edificó con cierto vicio por la clasificación y las taxonomías excluyentes. Baste recordar que es con Robert Stoller, situado dentro de la psicología estadounidense, que se contribuye a acuñar a las existencias trans como desvíos (una parte de la historia que, infelizmente, no está incluida en las carreras de psicología, al menos hasta donde yo conozco). El discurso de "cuerpo errado" de personas trans es una expresión más de este vicio por la clasificación a partir de que se opera con ideales normativos; ideales normativos de cuerpo, de familias, de existencias. Tales ideales normativos construyen a las múltiples posibilidades existenciales como errores, como fallos. Es más, lanzan a un conjunto de existencias al espectro de la excepcionalidad, la anormalidad, el desvío, la inferiorización. Siguiendo esa lógica normativa, mi familia, compuesta por mi madre, mis primas, amigas, sería una "familia desestructurada". ¿Perciben la proximidad de este tipo de discurso "científico" con el de los fundamentalistas que reivindican el diseño original?

Cuando hablamos de una psicología crítica, nos estamos refiriendo a la necesidad de pensar y producir conocimiento por medio de otros paradigmas que, en este caso, nos permitan problematizar el ideal regulatorio de familia nuclear. Una psicología crítica es aquella que establece alianzas con referentes teórico-políticos críticos como el feminismo, los estudios decoloniales y los estudios *queer*. Intentaré sintetizar mi concepción de la importancia de una epistemología feminista, *queer* y decolonial para (re)pensar la familia dentro de la psicología.

* Descolonizar la psicología tiene que ver, entre otras cosas, con reconocer a este modelo de familia nuclear dentro del contexto histórico (occidental) en el que surgió, y dejar de pregonarlo como la forma adecuada, estructurada, de existir en sociedad.

** Uno de los presupuestos *queer* que ayuda a pensar la familia a través de otras lentes es, por ejemplo, el referido a las críticas que se tejen dentro de los estudios *queer* a las categorías reificadas como "mujer", lo que pudiéramos expandir a otras como la categoría "madre". Los estudios *queer* advierten acerca de las limitaciones de usar de forma reificada y universalista determinadas categorías para fines políticos (inclúyase aquí algunas políticas públicas). Por ejemplo, analicemos la política pública (o como se entienda) de la concesión de círculos infantiles a "madres trabajadoras" que existe en nuestro país. Resulta que cuando la emigración comenzó a tener mucho más auge en Cuba, un montón de niñas/os quedaron al cuidado de padres, abuelos y otras figuras. Igualmente quedaron privados de la posibilidad de acceder a círculo infantil, toda vez que este beneficio está pensando apenas para madres (entendiendo por esto apenas aquellas que parieron) trabajadoras. ¡¿Por qué no reformular esta política pública o este derecho, asumiendo como beneficiarios de la misma a personas que cuidan de niñas/os?! Hablo aquí a partir de experiencias conocidas de mujeres próximas, que una vez que emigraron y sus hijas/os quedaron al cuidado de otras personas, fueron privadas de este beneficio.

*** A grandes rasgos, una perspectiva feminista para entender la familia nos ayuda a comprenderla como un sistema moldeado también por el género y que, por ende, reproduce las desigualdades de género.

Protector solar contra el racismo

Alina Herrera Fuentes

Pareciera que el mito de que las personas negras resistimos a todo, que somos una "raza" fuerte, silvestre, aguantadora, continúa resistiendo los embates del tiempo. Claro, es el racismo de nuevo tipo. Nacimos para aguantar, dicen. Han sobrevivido a todo, son inextinguibles, por eso trajeron negros de África porque sí soportaban todo; por eso los "indios" se exterminaron, porque eran débiles, repiten. ¿Sí han escuchado estas verdades como piedras? Pues es racismo puro y duro.

No hay ocasión en la que me pregunten, entre risas, por qué me aplico protector solar cuando estoy en la playa. "Los negros no necesitan eso". Y continúan con sus caras de confusión, asombro y burla.

Si fuera por la educación colonizadora no necesitáramos ni dignidad; mejor así, en silencio y sin denunciar los racismos encubiertos.

Negros y negras necesitamos todo. Protector solar, cremas humectantes, cosméticos, productos para el cabello, por supuesto que sí.

Tendría nueve o diez años cuando me comenzaron a salir unas manchas amarillentas en la piel. Sobre todo en la cara, los brazos y la espalda. Me provocaban escozor, comezón, podían irritarse y convertirse en llagas. "Es la alta exposición al sol y la humedad", sentenció el dermatólogo. "Este verano la niña no puede ir a la playa, mamá".

Fue la primera vez que tuve conciencia de que el sol me podía hacer daño. Desde entonces cuido los horarios en que voy al mar, me aseguro de llevar gorra o sombrero, y si voy por la ciudad asoleada, siempre me acompaña una sombrilla.

Casi con treinta años descubro que las verruguitas planas y negras que tenía en la cara no eran tales sino un tipo de queratosis que podía irse incrementando y creciendo si me seguía exponiendo al sol sin protección. También me explica la dermatóloga que es frecuente en personas de piel oscura, negra, mestiza, y menos frecuente en pieles blancas (al menos, ese tipo de queratosis). La causa fundamental, además del sol, es el exceso de queratina.

Me explicó, en tono de regaño, que no solo las personas blancas deben cuidarse la piel, mencionándome un listado de enfermedades y afecciones más recurrentes en personas de piel oscura, concluyendo que, en general, el peor enemigo de todo y para todes es el "astro rey".

Entonces sí, me aplico mucho protector solar a pesar de las miradas y las mofas. También cremas y aceites en temporadas de sequía. No nacimos aguantándolo todo. Y me pregunto, ¿cuándo nos valorarán como iguales? ¿Cuándo dejarán de marcarnos la diferencia? ¿De *blanco-explicarnos* lo que es para nosotres y lo que no es para nosotres?

Se rasgan las vestiduras por el asesinato de (George) Floyd, pero intervienen a señalarnos lo que no nos hace falta porque somos la "raza" resistente. Siempre relacionándonos con lo salvaje pero en "defensa" de la igualdad. Esa igualdad de "hasta cierto punto" también encubre racismo. Ese "yo tengo mis hermanos negros" pero mirando con extrañeza a sus hermanes cuando se cuidan la piel como cualquier persona y humanas que son, encubre racismo. Ese abismo entre la arenga igualitaria y la mirada colonizadora hacia las personas negras es racismo.

Los "otros" cuidados

Sabemos que existe el impuesto rosa pero ¿qué pasa con los cosméticos para la tez negra u oscura? ¿Por qué son más caros? ¿Por qué los productos específicamente para cabellos afros cuestan el doble y hasta el triple?

La belleza negra, además de negarse, es muy costosa (que es otra manera de negarla). Si eres afro y quieres maquillarte acorde a tu tono de piel pues te dolerá el bolsillo, es más, hasta podrías desistir. A eso nos empuja la industria cosmética. Sin embargo, las cremas aclarantes se consiguen fácilmente. Cualquier envase ya viene etiquetado con el rótulo "aclara".

Lo más común es que no se encuentren estos productos de belleza destinados a las personas negras; no están a la venta salvo en selectas tiendas, o bien en líneas especializadas. Más negación hacia nuestra existencia. Es realmente perversa la maquinaria contra las personas negras.

Además están los trillados comentarios de cuáles colores nos pegan o no según nuestra negritud. Rojo en labios gruesos y pieles negras, jamás. El verde, marchita. El naranja queda ridículo. El amarillo, ni hablar. Con el negro te ves más negra (como si verse más negro fuera pecado). Pero, a la par, quieren comprarse las telas africanas todas llenas de colores vivos.

Según la mirada blanca colonizante, ¿qué opciones nos quedan? Vestirnos con discreción, sin maquillaje, sin cuidados, y salir sin pretensiones de belleza, lo cual es una prolongación de los procesos de dominación y disciplinamiento hacia los cuerpos subalternos. Sobre nosotres se discute todo. Y ese debate sobre nuestra negritud y nuestros cuerpos conlleva implícitamente aquella otra discusión, que pareciera antigua y no lo es, de si somos tan humanos como el resto de los humanos. Si no fuera así,

¿por qué se nos niega? Y se nos niega todo, desde los cuidados y la belleza hasta nuestra propia existencia.

Otra manera de reforzar estereotipos y creencias racistas circunda la nueva moda afro. Ahora las personas blancas comentan que vistiéndonos con los atuendos, telas y prendas oriundas del continente africano; llevando nuestro cabello "crudo" y sin tratamientos, lucimos mejor. ¿Por qué? ¿Existe una manera adecuada, mejor o más relevante de ser negro, negra? ¿Quién lo dice? ¿La industria blanca hegemónica? ¿Esta polémica tiene lugar también con las personas blancas y la blanquitud?

Tenemos muchas maneras de ofrecer resistencia. Entre ellas, seguir determinándonos como personas libres y en lucha por ello. También, rescatando nuestros saberes ancestrales y tradiciones con relación a los autocuidados, a la propia belleza, a la sanación y autodeterminación. Mirar atrás y readaptar con mejores técnicas aquellas enseñanzas.

El capitalismo, el extractivismo y el despojo también suceden contra nuestros cuerpos. Si la industria nos niega y explota crearemos las alternativas y reivindicaremos nuestra presencia tan humana como cualquier otra. Es tan válido demandar al mercado como conservar la ancestralidad. Lo importante es repetirle al mundo que aquí seguimos, vivos, vivas, a pesar de todas las políticas de exterminio de la historia.

Así como aplicarnos protector solar en la playa, y a quien se burle, ofrecerle un poco de nuestra medicina antirracista: "¿Qué me miras? ¿Quieres un poquito? Este es contra el racismo".

Sal de Las Marianas

Elena Martínez Rodríguez

Hay mujeres que en un grito
renacen la vida
mujeres que amanecen
con el machete en la mano
mujeres blancas, mujeres negras
mujeres con barbas, mujeres de piedra.

Hay mujeres que desarman
el día con una sonrisa
mujeres de honor, mujeres de sal
mujeres de azúcar, mujeres contra la pared.
Hay mujeres
que arrastran lágrimas en soledad.
La mañana apenas grita
la tempestad acaricia mi piel.
¿Dónde están la ternura?
¿Dónde están las emociones?
Te cuelga el orgullo
desesperado por crecer en mis manos
frialdad entre las sombras
camino perdido
la noche no descansa.
Hay mujeres
que si no corren, vuelan.
Estrellas poetas,
perdidas en la noche
estrellas sin luces
abandonadas en los sueños.
Hay mujeres que aman
en la oscuridad
mujeres recordadas en páginas
mujeres que danzan sobre mentiras
mujeres que cabalgan sin llorar.
Hay mujeres que no conozco
pero confío en sus sentidos
mujeres que no preguntan,
que no responden, pero amo igual.
Mujeres que me parten el alma
mujeres que chupan mi dolor.
Hay mujeres que se alimentan
de una semilla
verdes, azules, el mar, la noche, la lluvia.
Hay mujeres que nunca
alcanzan la victoria
pero tampoco abandonan la causa
mujeres que viven en la luna
mujeres que se aman en sus manos
mujeres que tiemblan
sus cuerpos
sobre el mismo orgasmo.
Hay mujeres como Mariana
hay mujeres como Tú
hay mujeres bien pagadas
mujeres levitando en sus venas
mujeres sin sueldos
mujeres obligadas.
Mujeres como mis madres
mujeres adoptadas.
Hay mujeres como Yo
nacidas en un zurrón.
Jardines que no esperan flores
ni canción
pétalos que caminan sobre la tierra
sin conocer el árbol.
Mujeres de leña
sembradas en el bosque
mujeres del río
ahogadas en el mar
mujeres del malecón, sin horizonte
mujeres que transitan
en el olvido de mi Habana
mujeres en la distancia, para nada.
Hay mujeres, muchas mujeres
tantas mujeres
perdidas en la ciudad.
¿Y ustedes, dónde están?

Cambiar un grillete por otro: validación de estereotipos dentro de la comunidad afrodescendiente cubana

Milagros Álvarez Leliebre

Recuerdo cuando leí la autobiografía de Malcolm X. Fue una de esas experiencias que, después de vividas, ya no hay vuelta atrás. Te cambia para siempre. Nada para mí fue igual después de leer a Malcolm.
Lo que más me despertó fue su análisis de la reproducción del racismo desde lo cotidiano, desde la base, desde nosotros mismos. Malcolm rompió en ese momento con mi silencio con algo que había asumido como que nunca haría: criticarnos a nosotros mismos. Un número importante de páginas de su autobiografía se dedica a decirles a su gente y a sí mismo: ¿qué estamos haciendo?

Entonces recordé una frase que mi mamá siempre me decía cada vez que me molestaba con ella por algún señalamiento: si no te lo digo yo, ¿quién te lo va a decir? Los demás solo lo harán para reírse de ti, yo lo hago porque te quiero.

A partir de ahí entendí que era un tema de conciencia racial. Esa que me lleva a medir lo que digo en función de dónde y con quién cuando se trata de esta lucha. De no humillar o restar valor al esfuerzo de personas de nuestra comunidad. A apoyar. A no hacerle el juego al racismo, a los racistas y a su sistema. Pero decir las cosas como son y como las creo, a mi gente, directo y sin filtros, porque si no nos las decimos nosotros, ¿quién?

Así que aquí va. Podría detenerme a decir junto con lo negativo, lo positivo, pero no. Esta vez no. No voy a adornar palabras para que suenen más suaves:

-Antes que todo: **El conocimiento es poder**. La instrucción no nos quita lo racista pero ayuda en el proceso. Para ser conscientes del racismo que practicamos y que otros practican hay que estudiar. Hay que leer mucho y conversar entre nosotros. Apoyémonos en esto. Construyamos redes de divulgación de conocimientos e ideas, sobre nuestra historia, sobre los mecanismos de funcionamiento del racismo, de sus complejidades. Apoyemos a las que ya están. El racismo no se quita con educación, pero esta es una de las armas en su contra.

-Segundo. **¿Sabemos qué son los estereotipos? ¿Los prejuicios? ¿Cómo se reproducen? ¿Cómo los reproducimos? ¿Sabemos qué es el orgullo de "raza"?** Pues les comentaré algo que no es: la validación de los estereotipos racistas utilizados por la hegemonía blanca para homogeneizarnos, reducirnos y quitarnos nuestra humanidad.

-De lo anterior se desprende otra cuestión: **No todas las personas negras son iguales**. Por tanto, no hay cosas que te hacen más o menos negro o negra.

–**No somos negros. Somos personas, maestra, cantante, …negro o negra**. No negra a secas. No contribuyas a la objetivación de nuestra gente.

-La "raza" está atravesada, entre otras cosas, por el género y la clase. Tú y yo somos dos personas negras. Si eres hombre tienes privilegios con respecto a mí, que soy mujer. Porque vivimos en una sociedad racista y también machista. No todas las personas negras tenemos el mismo acceso a los recursos, la misma entrada de dinero, ni vivimos en los mismos lugares. Recordemos que existe la marginalización, la pobreza, la gentrificación, entre otras formas que crean desigualdad social. Si usted es clase media o alta o tiene buena entrada de dinero, felicidades, es un logro para todos, pero no crea que su situación es la de todas las personas negras.

-El pelo. Ya esto lo he planteado varias veces y lo seguiré haciendo pues a diario lo constato. La nueva obsesión de las personas negras es definirse el pelo. En mi opinión, eso es cambiar un grillete por otro. Haga lo que desee con su pelo, pero sea consciente. Como proyectos sociales, colectivos o activistas, tenemos que darles espacio a las diferentes formas del cabello afro natural. Sobre todo el

que no está definido, porque ese es el que más discriminación sufre, el considerado menos bello y profesional, el que menos se visibiliza. Al fin y al cabo, es ese el que, cuando se van todos los productos, queda.

-Recordemos que una imagen vale más que mil palabras. No pongamos en contradicción nuestros objetivos con las imágenes que posteamos de ellos.

-Admiremos nuestra belleza. Por siglos ha sido negada. Pero **libre de estereotipos y constante sexualización**. Los cuerpos de las personas negras son constantemente sexualizados, pareciera que no tienen más objetivo en este mundo que dar placer. No contribuyamos a eso.

-No comparta videos, memes, fotos sexistas y racistas. A no ser que sea para poner en debate. No seamos cómplices del racismo de las redes.

-Entre tantas cosas que afectan la lucha contra la discriminación racial está la censura y la clausura del debate. Lo que no se debate no se visibiliza, no se resuelve, no se piensa a nivel de grupo. La lucha contra la discriminación racial es más vieja que nosotros. No nació ahora. No somos los únicos. La división y los egos no llevan a ningún lado más que al mismo lugar de siempre, a nada.

Nación cubana, negritud e hispanidad

Ulises Padrón Suárez

La primera vez que la noción "raza" se convirtió en un ejercicio reflexivo para mí, durante mi adolescencia, fue en un pasaje de la novela *Cecilia Valdés* en el que el amor de la protagonista de igual nombre hacia Leonardo Gamboa tenía una única condición social "adelantar la raza". La novela, epítome de la cultura cubana hasta nuestros días, más específicamente habanera, urbana, mostraba las asimetrías entre lo blanco (europeo o criollo), la mulata y el negro. Toda *Cecilia Valdés* se puede leer en las claves clase, género y racialidad, y obtendremos un perfil de la composición ideorracial de la sociedad que aún, dos siglos después, podemos encontrar con facilidad.

El cuerpo de la nación que se manifiesta, desde la República, como mestizo, es una mulata que tira a blanca, hipersexualizada, con el pelo crespo. Si necesita una imagen, el ron Mulata, cuyo rostro risueño produce una homogeneidad racial de lo cubano que es a la vez el ardid mejor logrado desde Saco.

El bilbaíno Landaluze legó una serie de estampas costumbristas sobre el negro, su fiestas populares, su picardía para transgredir la autoridad doméstica, pero sobre todo la composición racial de una sociedad estratificada según la pigmentación de la piel. Es interesante observar que en sus representaciones las mulatas por lo general están acompañadas de una negra o en las ventanas de una casa, siempre protegidas del cortejo de los negros. "En las cuatro generaciones" reproduce el blanqueamiento de la descendencia como ingeniería social para el ascenso de la clase.

Desafortunadamente, esta imagen decimonónica, en conjunto con el miedo al negro, la esclavitud y una desigual entrada en el mercado laboral, hicieron que durante la República pervivieran en el imaginario de un sector con costumbres atávicas a un pasado, y predispuestos a la criminalización.

Más interesante resulta que la cuestión del negro pasaba por la educación, según Juan Gualberto Gómez, para alcanzar una ciudadanía plena en la nueva sociedad. Otras pistas constitutivas de lo negro se encuentran en la evolución de la perspectiva lombrosiana a la de "ajiaco"/transcultural en Fernando Ortiz, quien impulsara el descubrimiento de la cultura negra en Cuba, como fuente de la nación. Fue él, además, quien presentó en el *Diario La Marina* los ocho poemas del poeta Nicolás Guillén que describían un lenguaje de un grupo particular.

Es importante pensar en este trayecto para celebrar la significación el 12 de Octubre; allí adonde mire

hay violencias, pobreza, desigualdades. No me contento con el legado de la lengua, porque como dijera Nebrija, siempre acompañará al poder.

Luego de tantos siglos, la situación de la "raza" negra sigue expresándose en términos de inequidad. La cuestión es más compleja que el choque de culturas, y la hispanidad como valor supra/transnacional constituye el discursivo operativo para reproducir sociedades basadas en la explotación de la raza como sistema de producción de riquezas. Aún impera en estas sociedades la clasificación y jerarquización por color de la piel.

La celebración de la hispanidad, de la supremacía blanca europea, es una fecha de silenciamiento y olvido y, sobre todo, de destrucción de culturas y desarraigos de pueblos.